

ranza cierta de tomarla, y así apretaron el cerco, y la pusieron en tanto estrecho que perecia de hambre la mayor parte de la gente, pues como la ciudad era muy poblada y de mucha gente, no bastaron las provisiones que se habían podido llevar antes del cerco: y así enviaron á tratar de avenencia con el rey Radmir, que ya no esperaban socorro sino del cielo: el rey Radmir les ofreció seguridad en sus vidas y haciendas, y que fuesen libres en morar en aquella ciudad, ó retirarse á otra parte: y con esto se entregó la ciudad, y muchos nobles Muzlimes pasaron á Valencia y á Murcia: esto pasó el año quinientos doce: el rey Amad-Dola se retiró con toda su familia á la fortaleza de Rot-Alyehud: Pocos dias despues de entrada la ciudad de Zaragoza, llegaron diez mil caballos que enviaba de Africa el rey Ali, y como entendiesen que ya la ciudad estaba en poder de los Cristianos se detuvieron antes de llegar.

En el año siguiente usano el rey Radmir con sus victorias congregó su gente y entró la tierra de los Muzlimes, y envió contra el Temim una florida tropa de caballería y peones: encontráronse con el enemigo de Dios en un lugar llamado Cutanda y se trabó muy reñida batalla en que el enemigo rompió y deshizo á los Muzlimes con cruel matanza, pues murieron veinte mil voluntarios, aunque de los otros ninguno; y huyó el resto del ejército desbaratado á Valencia: murió en esta terrible batalla Abu Bekir ben Alari, y entre otras personas y caudillos de cuenta el alfaki Ahmed ben Ibrahim Abu Ali que era cadí de Jilvis: fue esta desgraciada batalla en juéves diez y nueve de rabie (1)

1120

primera, año quinientos catorce. Con esta victoria el enemigo de Dios entró en Medi-

(1) Otros, veinte y cuatro de rabie postrera.

na Calatayub que está en aquella frontera oriental de España, y desde ella corria y talaba las tierras de los Muzlimes, y se fortificó en aquella comarca sin dejar de hacer sus cabalgadas en tierra de Alguí.

Estas desgracias llegaron á noticia del rey Ali ben Juzef y ordenó el pasar en España con propósito de hacer la sagrada guerra, y mejorar el estado de sus fronteras, y esta fue su tercera pasada á España y pasó con él innumerable gentío de los Almoravides, de Alarabes voluntarios de las tribus de Zenetes y Masamudes y otras de Berberies, y habiendo pasado venturosamente llegó con su ejército á Córdoba. Allí vinieron á su presencia todos los walies y alcaldes de Andalucía y se informó de ellos del estado de cada provincia y ciudad y de cuanto pertenecia al buen gobierno de ellas: dió el cadiazgo de Córdoba que tenia Aben Raxid al cadí Abul Casem ben Hamid, y partió á tierra de Algarbe, y entró por fuerza de armas en Medina Sanabria (1) matando y cautivando gente, y con la misma crueldad trató á muchos otros pueblos del Algarbe, estragó los campos, robó los ganados y pasó destruyendo y quemando cuanto encontraba hasta que sojuzgó toda aquella tierra, que dejó asolada y como desierta: huian los Cristianos delante de su vencedora hueste despavoridos que no hallaban refugio para defenderse de aquella terrible y fulminante tempestad sino en los montes y castillos roqueros inaccesibles.

(1) Tal vez esta ciudad es la llamada Calambria en la entrada segunda.

CAPITULO XXVI.

Insurreccion en Córdoba contra los Almoravides. Alboroto en Africa. Origen de Abdala ó el Mehedi.

1121 Al año siguiente de quinientos quince se volvió el rey Ali á Africa dejando encargadas las cosas de España á su hermano Temim que no tuvo hora de reposo.

Dice Yahye que la ocasion de la cuarta venida del rey Ali á España en el año mismo de quinientos quince fue á causa de un alboroto é insurreccion popular que sucedió en Córdoba siendo wali de ella un principal caudillo llamado Abu Yahye ben Tobada. Fue la causa que suscitó el alboroto la insolencia de los Almoravides que componian aquella guarnicion, que hacian todo género de agravios á los naturales y vecinos de la ciudad, pues no solo les robaban sus bienes y estragaban sus jardines, sino que entraban en sus casas y les forzaban sus hijas y mugeres. No bastando quejas ni venganzas particulares para contener la insolencia de aquella tropa de arrogantes africanos los vecinos se amotinaron y tomando las armas á voz de comun acometieron á los Almoravides y mataron muchos de ellos, y como se hiciesen fuertes en casas y torres los cercaron y minaron entrando en ellas con furor y degollaron á cuantos se les ponian delante. La nueva de este alboroto llegó muy presto al rey Ali que estaba en Marruecos; y cre-

yendo que era necesaria su presencia para remediar los inconvenientes que de este suceso podian resultar, si las demas ciudades de España seguian el ejemplo de Córdoba, luego dispuso volver á gran prisa, y para esto congregó mucha gente de guerra de las cabilas de Zanhaga y Zeneta y Masamuda y de los berberies de las Sierras (1) de Daren y con innumerable gente de á pie y de á caballo pasó á Andalucía, y sin detenerse llegó delante de Córdoba, y encontró las reliquias de la guarnicion y al wali Abu Yahye que habian podido salvarse huyendo del furor y venganza popular. Los de la ciudad como entendiesen la venida del rey Ali cerraron las puertas de Córdoba y barrearón las calles que salian á la muralla, y se fortificaron y apercibieron para esperar un largo y riguroso cerco: asimismo tuvieron su consejo sobre lo que convenia hacer en estas circunstancias, y como podian obrar contra su rey Ali en aquel caso en que sus propios ministros y soldados les habian dado motivo y causa justa de tomar las armas, y los alimes y alfakies de Córdoba dijeron que convenia hacer saber al rey que aquel alboroto y rebelion no habia sido voluntario en los de la ciudad, sino forzados del natural denecho defendiendo sus propias vidas, sus familias y mugeres, no solo sus haciendas: que el origen y causa del mal habia sido la insolencia de los Almoravides, y en ellos estaba y de su parte la injusticia del caso: que si el rey Ali, despues de informado de la verdad de aquel suceso, porfiase en ayudar y proteger el partido de los insolentes y soberbios causadores del mal, en este caso los de Córdoba harian justa resistencia al rey Ali en defensa de sus personas, vidas, honras y haciendas, y debian mantenerla hasta que Dios quisiese poner remedio á las desgracias. Con este

(1) Atlas ó montes claros. Atlas sup. II. p. 15. Atlas sup. II. p. 15.

parecer los de Córdoba negaron la entrada al rey Ali, que combatió la ciudad por muchos dias hasta que cansados los vecinos de las fatigas é incomodidades del cerco, y de los combates se convinieron en enviar una embajada al rey Ali para rogarle que tratase á la ciudad como suya y se acordase de los encargos que al morir le habia hecho el rey Juzef su padre acerca de Córdoba, que perdonase sus excesos pues si miraba la ocasion de ellos eran harto disculpables. Los enviados fueron los mas nobles de la ciudad, y el rey los recibió bien y se concertó que la ciudad pagase cierta cantidad de doblas para recompensar á los Almoravides que habian perdido sus bienes en la insurreccion, y cuyas huertas y casas habian saqueado. Así se concluyó la avenencia á satisfaccion de todos, y entró el rey en la ciudad y todo quedó sosegado. Pocos dias se detuvo el rey Ali en Córdoba pues le avisaron de Africa que en el reino de Sus Alaksa se habia levantado el Mehedi.

Las asonadas de guerra y levantamientos de gentes en Africa que fueron causa de la partida del rey Ali fueron ocasionadas por el Mehedi cuyo aparecimiento alborotó toda el Africa y la puso en armas por muchos años, y fue causa de arruinar el poderoso imperio de los Almoravides dueños de la principal parte de Africa y de España, y que en ambas regiones apenas habia pueblos que no le obedeciesen y temiesen su potencia. El origen de estas cosas fue de esta manera:

Un hombre llamado Abdala hijo de Tamurt, que despues tomó el nombre de el Mehedi Africano de la tierra de Sus de la cabila Masamuda partió á oriente y oyó á los sabios de aquella tierra, y en especial al célebre Aben Ahmed Algazali, con el cual estuvo tres años, despues de este tiempo se tornó á Africa y entró en ella al principio de la luna rabi primera del año qui-

1116 nientos diez. Principióse á divulgar su com-
 postura en el vestir; su austera santidad, su
 enérgica y libre predicacion reprendiendo los vicios del
 comun y de los reyes; conmoviendo é inquietando los
 ánimos del pueblo; y dándose el titulo del Mehedi para
 atraerse los pueblos ignorantes y supersticiosos que no
 descubren las intenciones tiránicas de estos impostores.
 Como llegase á cierta aldea á confines de Telencen
 llamada Tejewa encontró en ella á Abdelmunem ben
 Ali mozo de buena disposicion y hermoso de rostro,
 que estaba de camino para oriente en compañía de un
 tio suyo que le llevaba á estudiar. El Mehedi se concer-
 tó con él y le prometió que le enseñaria las letras que
 iba á buscar al oriente; y el tio de Abdelmumen fue
 contento de esto. Enseñóle cuanto conducia á sus in-
 tenciones estando en el arrabal de Melala; y en espe-
 cial ciertas profecías escritas en un libro que le mostró
 donde se decia, no se levantará el imperio de la vida y
 de la ley sino con Abdelmumen luz de los Almoravides.
 Luego que le tuvo instruido y acomodado á sus desig-
 nios le nombró su vizir; y partieron á tierra de Beni
 Jiris, donde le siguió otro mozo llamado Abu Muhamad
 Bekir, y pasaron juntos á la ciudad de Fez, y desde
 allí á Marruecos, y en esta ciudad acaeció que un dia de
 giuma en que todo el pueblo estaba en la mezquita ma-
 yor para hacer su azala, este Muhamad ben Abdala
 se adelantó á la primera hilera delante de todos y en
 donde solo se solia poner el imam. Todos se maravilla-
 ron de esto, y un ministro de la mezquita llegó á él y
 advirtió que allí solo podia ponerse el rey de los Muzli-
 mes. Aben Abdala volvió á él la cara con mucha seve-
 ridad y grave réposo y le respondió con estas palabras
 del alcoran, *inne el mesagide lillahi*; ciertamente los
 templos son solo de Dios; y prosiguió el capítulo te-
 niendo suspensos á todos, y mirándole todos con ad-

miracion. Como de allí á poco llegase el rey para hacer su oracion todo el pueblo se levantó para hacerle el acostumbrado comedimiento, solo Aben Abdala no se movió del sitio que habia tomado, sin alzar los ojos á mirar al rey ni hacer la mas minima mudanza, todo lo cual fue muy notable para el pueblo que se maravilló mas de él. Acabada la azala fue el primero que se levantó á saludar al rey, y al fin de su azalam le dijo, remedia los males é injusticias de tus reinos, porque Dios te pedirá cuenta de todos tus pueblos. El rey Ali no le respondió palabra, y las palabras de Abdala causaron el efecto que él deseaba en los ánimos leves del pueblo. El concepto que el rey hizo de él fue que seria algun hombre santo, que debia de haber hecho profesion de morabut austero y celoso, y le mandó decir que si tenia alguna necesidad ó negocio, que lo dijese para que se le despachase á su voluntad, y respondió muy mesurado y vano, que sus negocios no eran de este mundo; sino en cuanto trataba de corregir la liviandad y malas costumbres de los pueblos. Esto puso en algun cuidado al rey Ali, y mucho mas entendiendo que predicaba públicamente contra las profanidades y deleites excesivos así en las plazas como en las mezquitas, haciéndose en todas partes tan notable y llevando tras sí muchedumbre de pueblo que le escuchaba con admiracion. El rey mandó á sus alimes que le tanteasen y examinasen y viesen qué concepto podia hacerse de él, si era sabio, si sus trazas ó intentos eran buenos ó cautelosos, y dignos de atencion. Entre estos alimes habia uno muy principal llamado Abu Abdala Melik ben Wahib Andaluz, y para cumplir con lo que el rey les encargaba conversaron varias veces con mucha cautela con el Mehedi, y trataron con él de ciencias y de letras, y en otras muchas cosas, y al fin enterados del carácter, ánimo é intentos del Mehedi, y

no engañados en sus sospechas, vinieron al rey y le dijeron el juicio que habian formado de aquel hombre, y como entendian que se debia hacer con él. Señor; dijeron los alimes, no hay duda que este trata de seducir y alborotar los pueblos con graves novedades y escándalos; conviene ponerle en prision y apartarle de la comunicacion del ignorante vulgo; y Melik ben Wahib uno de ellos dijo: oh rey, que Dios perpetúe, haz para este hombre una prision de hierro sino quieres que te haga gastar una casa de oro: otros le dijeron: Señor; pon á este hombre en hierros y cadenas, sino quieres que te haga mañana oír los atambores en campaña. En esta junta que el rey tuvo de alimes y de jeques estaba su vizir Otman ben Omar; y pareciéndole mucho temor el de aquellos alimes, y que no debia de dar temor á un tan poderoso rey como Ali un hombre bajo y de ningun valor; solo y mezquino, dijo al rey: oh señor, vano y sin razon es el temor y recelo que manifiestan estos alimes: no cuide vuestra grandeza muy sublimada de poner sus ojos y atencion en un hombre miserable ni en sus opiniones y extravagancias. Con este consejo se sosegó el ánimo del rey, que no hizo mas caso por entonces del Mehedi. Este continuaba su predicacion y le dejaron libre divulgando sus opiniones; retiróse á Fez y estuvo en aquella mezquita **1120** hasta cuatro años, hasta el quinientos catorce en que pasó á Marruecos sin contenerle la presencia del rey y de la corte en sus celosas predicaciones. Entraba en plazas y aljamas siempre acompañado de su vizir Abdelmumen, y con su acostumbrada libertad de filósofo reprendia los vicios y el libertinage, los abusos en el vino y deleites, y rompía lleno de celo los instrumentos músicos que acompañaban los bailes y cantares de disolucion: todo esto sin licencia de los ministros de las aljamas, ni del rey, que solo toleraba.

y consentia este escándalo porque se lo ocultaban ó disminuian. Llegó en fin á sus oídos el alboroto é inquietud que este hombre excitaba, y le hizo venir á su presencia; y le dijo: ¡Ola, buen hombre, ¿qué es lo que de ti me dicen? y respondió con mucho reposo y gravedad: ¿qué te pueden decir de mí, sino que soy un pobre que anhela por la otra vida y nada quiere de esta? yo no tengo en este mundo mas negocio que el mio propio; que no es en verdad de este mundo. Maravillóse el rey Ali de su respuesta, y mandó que los alimes disputasen con él en su presencia. La plática fue larga y docta; pero el fin de ella no fue de satisfacción para el rey, ni de convencimiento para los sabios que repitieron al rey sus recelos; y le aconsejaron que no permitiese que aquel hombre predicase ni enseñase sus doctrinas y novedades: que seria bueno que le hiciese á lo menos salir de la ciudad, porque seducia y alborotaba los leves ánimos del ignorante vulgo. Así lo mandó el rey, y partió con su vizir y amigo Abdelmumen fuera de la ciudad, y no muy lejos de ella: allí entre unos sepulcros hicieron una choza, y allí permaneció, y allí acudia por verle y oirle mucha gente, y tantos venian á buscarle y tantos concurrían, y tal fama se divulgó de su virtud, que le rodeaban de continuo mas de mil y quinientos hombres, dispuestos á seguirle á donde fué, y prontos también á cumplir en cuanto les mandase su voluntad. Aquí principió á ponderar la irreligion y liviandad de los Almoravides, hablando con osadía así de los vicios del comun de ellos, como también de los príncipes en que hallaba harta materia, y en este tiempo comenzó á decir que él era el Mehedi prometido por Dios, que venia al mundo á reformar las costumbres estragadas de los hombres, y á darles instrucciones rectas, y encaminarlos en la senda de la verdad y camino de la justicia, y á enseñarles que solo Dios es el verdadero Se-

ñor: Crecia el crédito de el Mehedi y el número de sus secuaces, y el rey Ali temió que se suscitase alguna sublevacion por causa de aquel fánatico, y le envió á decir: que temiese á Dios; que no inquietase al pueblo; que no estuviese mas en la ciudad: y respondió el Mehedi: ya obedeci tu mandamiento, y vivo entre los muertos, en una miserable choza, y no pienso sino en la vida eterna y en no hacer caso de los hereges. Entonces el rey mandó que le prendiesen y le cortasen la cabeza; pero el mandamiento no fue tan secreto como convenia, y avisado de ello el Mehedi se pasó á Agmat, seguido de sus mas fervorosos discípulos, y desde allí pasó á Tinmal en tierra de Suz, y entró allí en la luna

1120 de jewal del año quinientos catorce. Allí predicaba con entera libertad sus nuevas opiniones y ceremonias, siguiéndole muchedumbre de gentes de aquellos bárbaros; y conociendo que ya era tiempo de predicar armas, violencias y guerra á los que él llamaba tiranos y hereges, habló un dia á sus secuaces estas razones. Las alabanzas á Dios que hace su voluntad sin que su cumplimiento pueda resistirle ninguna potencia, ni quién estorvará sus eternos decretos! la gracia de Dios sea con nuestro señor Muhammad su enviado: el cual anunció la venida del Mehedi Iman, que llenará la tierra de justicia y de equidad, en vez de las injusticias y maldades de que está cubierta, arrancará la tiranía que la oprime y hace gemir debajo de sus injustos pies. Enviarále el Señor cuando la verdad esté obscurecida de la falsia; cuando la justicia esté desterrada y suplantada de la iniquidad, y en el trono de la bondad y rectitud esté sentada la tiranía. Su patria será el apartado Sus Alaksa, su tiempo el último, su nombre el nombre, y su empresa la de encaminar como buen encaminador, y este es el intento que me ocupa. Acabadas estas palabras se levantaron

diez varones de los que le seguian, y entre ello su vizir y amigo Abdelmumen, y le dijeron: Señor nuestro, lo que nos acabas de decir, y la descripcion que nos has hecho del prometido Mehedi á ti solo conviene, tú eres nuestro Mehedi, nuestro iman, y á ti juramos cumplida obediencia: y le juraron allí debajo de un algarrobo, prometiéndole de estar siempre aunados con él, y ser sus mismas manos para defenderle y ayudarle haciendo guerra á todas gentes que se le opusiesen, y derramar su sangre en su servicio. Los Berberies á imitacion de los diez varones se levantaron tambien, y juraron seguirle, defenderle y ampararle, haciendo guerra por su mandado á quien él quisiere, y morir si necesario fuese por servirle, pues él era su Mehedi, sin que les intimidasen los trabajos, muerte y aflicciones que por su causa se les ofrecerian. Los diez varones que primero le juraron fueron estos. (1) Abdelmumen ben Ali; Omar ben Ali, Aznag Abu Muhamad Albarix, Abu Chiafax, Aben Yahye ben Yanti, Soliman ben Chaluf, Ibrahim ben Ismail Alhezregi, Abu Muhamad Abdel Wahid Aladri, Abu Amran Muza ben Temar, y Abu Yahye ben Jalut.

Despues de estos diez le juraron otros cincuenta, que fueron de los principales, y despues de estos cincuenta se presentaron á jurarle setenta varones, que hicieron los mismos juramentos y ceremonias, que se habian hecho en el dia de la jura comun, y de estos formó dos consejos, que llamó el de los cincuenta y el de los setenta: y para mayor autoridad suya, los negocios mas graves los trataba solo con los diez principales ministros: los negocios de menos importancia los determinaban los del consejo de los cincuenta, y los fáciles y

(1) Hay alguna diferencia en los nombres de estos varones en todos los historiadores.

ordinarios se trataban y decidian en el de los setenta, y en todos era absoluta su potestad. Detuviéronse los que le juraron en Tinmal, hasta la luna de ramazan del año quinientos quince; y la jura solemne se celebró el giuna quince de dicha luna de ramazan; á la hora de la azala de adohar, y á la mañana del dia siguiente sábado pasó á la mezquita, y subió al almimbar, y les predicó á todos, y confirmó su cargo de Mehedi diciendo: varones de Tinmal, yo soy vuestro Mehedi ó encaminador, que vengo á enseñaros á conocer á Dios, Señor y Criador de todas las cosas, justo juez de todas las criaturas, y los exhortó á seguir sus banderas contra los hereges, y él estaba rodeado de sus diez ministros que tenían desnudas sus espadas. Partió luego por aquellos montes y anduvo vago y errante, predicando y atrayendo así los rústicos moradores de aquellas montañas; de manera que congregó gentío innumerable, y cada dia se acrecentaba viniendo á él gente de todas partes, y todos le admiraban y aplaudian, y le llenaban de bendiciones: sus discípulos enseñaban la unidad de Dios en lengua Berberi, y como toda era gente muy rústica é ignorante, y su unidad de Dios muy simple y sencilla, que no les hablaba de atributos ni de alcoran, todos los oían con gusto, y se acomodaban á su doctrina: así fue que llevaba tras sí de la tribu Masamuda mas de veinte mil hombres, y de estos escogió para las armas diez mil valientes, y con la bandera blanca los encargó á Muhammad Albaxir, y pasó con ellos á Medina Agmat.

CAPITULO XXVII.

Guerra entre los Almohades y Almoravides.

Quando esto supo el amir Ali que estaba en España vino luego á Africa, y envió contra ellos un ejército de los Almoravides, que encargó al wali de Suz Abu Bekir de Lamtuna, el cual fue á buscar al rebelde y alborotador Mehedi, pensando que de una vez acabaría con sus imposturas y escándalos; pero informado de la infinita chusma que le seguia de las cabilas de Herga, Tinmal, Hinteta, Gidmiiua y Hescura, que todas son tribus y familias diferentes de Berberies, y del orden y disposicion de guerra que traian, temió el pelear con ellos y se retiró, y refirió al rey los que pasaba: que el Mehedi no venia seguido de sola gente mezquina y allegadiza, sino de bien ordenadas banderas de combatientes, que á cada diez hombres de guerra tenia un cabo ú almocaden que los dirigia, bien repartida la caballería, y los tiradores y ballesteros con muchos caudillos esforzados, dispuestos á morir en defensa de su imam. Entónces el rey Ali mandó allegar mas tropas y que unidas á las que tenia Abu Bekir, y acaudilladas todas por su hermano Abu Ishac Ibrahim fuesen en busca de los rebeldes. Encontráronse en batalla campal, y estando los ejércitos en orden de batalla unos enfrente de otros y á punto de acometerse, no se sabe por qué súbito temor, ni qué hubieron de ver los Agemies y demas caballeros que estaban en la delan-

tera, que todos volvieron brida y huyeron á rienda suelta, desordenando y atropellando á todo lo demas del ejército, que tambien hizo lo mismo, y en un punto quedó el campo desbaratado, de manera que sin pelear quedaron vencidos los del rey Ali, pero los del Mehedi que los siguieron ensangrentaron bien sus lanzas en sus espaldas, y mataron muchos de ellos. Se apoderaron del campo y de las riquezas, armas y caballos que traian el tren de pavellones y provision de los Almoravides. Cuenta Abu Jair que no dió tanto pesar al rey la derrota y vencimiento de este ejército, cuanto le entristeció el saber de cierto que se le habia rebelado la tribu de Hinteta, y otros tribus de gente muy esforzada: así que muy encolerizado mandó poner luego en orden otro ejército muy numeroso, y lo encargó á un caballero llamado Syr ben Musladi de Lamtuna, que viniendo á encontrar á los de el Mehedi trabó con ellos muy reñida y sangrienta batalla, y fueron vencidos los Almoravides con horrible matanza. Ufano con estas victorias preguntaba el Mehedi á los suyos, oh Almohades, que así se llamaban sus secuaces, ¿qué dicen de vosotros los de Lamtuna! Y le respondieron que los llamaban por infamarles Abarixes, apóstatas renegados, y les dijo Mehedi: pues con mas razon los podeis vosotros llamar Muxesimines y Zerragines, como apartados de la verdad, y extraviados del verdadero camino. En esta ocasion escribió el Mehedi una carta para los Almoravides llena de soberbia y arrogancia, que decia así: A la gente engañada del demonio, contra quien Dios misericordioso está airado, á la junta y compañía enemiga, á la soberbia gente de Lamtuna: despues de esto: en verdad que os mandamos hacer lo que mandamos á nuestra gente y á nuestra misma persona, así acerca de temor de Dios y de su perpetua obediencia, como para que

creais que el mundo fue criado para despues acabar en nada; y que el paraíso es para los que sirven á Dios y le temen; y Gihenam y sus tormentos de eternidad para los descreyentes que ofenden á su divina magestad: pues es razon cierta segun la ley de nuestro señor y profeta Mahomad, que nos tenemos imperio con derecho sobre vosotros; y que si pagais este derecho; y cumplis esta obligacion tendreis paz; pero sino sabed; que ayudados del invencible poder de Dios, os haremos guerra matándoos y destruyendo vuestras haciendas; hasta borrar del mundo la memoria de vuestro nombre. Quemarémos vuestros pueblos; asolarémos vuestras ciudades; no quedará de vuestras casas ni de vosotros rastro alguno: y sabed que esta carta servirá de disculpa de lo que justamente padeceréis, pues os avisa con tiempo de lo que os conviene; y es bien cierto que se disculpa quien antes avisa: salud en cuanto permite la ley que os salute; pero ésta no concede ni consiente que os demos salud de amistad.

Cuenta el Hedaiki que al rey Ali dieron gran cuidado las victorias del Mehedi; que estaba triste y muy solícito sin poder deshechar de su corazón el deseo de venganza que le atormentaba; y traía á todas horas en su imaginacion mil pensamientos y trazas para acabarle y vencerle: así que, luego dispuso nuevo ejército que fuese contra él, y escribió á los pueblos y cabilas que todavia no estaban rebelados; exhortando á todos á que hiciesen guerra al rebelde. En tres de jaban

1122 del año quinientos diez y seis; se juntó un nuevo ejército con orden de que peleasen de poder á poder con los rebeldes Almohades. Encontráronse los ejércitos y trabaron cruel batalla; pero los enemigos que tenían mucha y buena caballería los rompieron y desbarataron, de manera que entró en los Almoravides tal espanto y temor; que estaban atónitos y atemori-

zados que no osaban esperar el encuentro de los enemigos, y todos llegaron á sospechar un desventurado suceso de aquella revolucion y alzamiento de él, y cuenta el Zuhairi que se halló presente en Marruecos, y vió salir un florido ejército, que el rey Ali envió á las montañas contra los Almohades, que iba por caudillo de la hueste Abu Tahir Temim su hermano, caudillo de tanto valor y esperanza, que este poderoso ejército subió las sierras en busca del enemigo, y estando al pie de los montes en que andaba la gente del Mehedi ordenó Temim sus tropas con sumo concierto, que principiaron á subir la cima de la montaña por diversas partes; pero cuando llegaron á las mayores asperezas y guajaras de aquellos riscos, sin saber por qué á la entrada de la noche se desordenaron y comenzaron á echarse por aquellas breñas y despeñaderos, así los de á pie como los caballeros con tanta precipitacion, que la mayor parte de ellos fueron despeñados y quedaron muertos en los barrancos, y fueron vencidos sin pelear ni ver al enemigo, de suerte que pocos volvieron á Marruecos. Fue esta desgracia cerca de un pueblo llamado Quig. Los Almohades bajaron persiguiendo las reliquias del ejército que habian quedado en compañía de Temim hasta llegar á la sierra (1) de Virikua, allí salió al paso de los Almohades el caudillo Yeti de Lamtuna con tropas de Almoravides, que pelearon con harto valor en ayuda de los suyos; pero al fin fueron vencidos y desbaratados, y el caudillo Yeti murió peleando con muchos nobles de Agmat.

Despues de esta victoria se retiró el Mehedi á Tinnal y dejó aquellos montes, y trató de poner su asiento en aquella fortaleza tan acomodada por su natural disposicion para resistir á cualquiera potencia. Cuando

(1) Está á la parte meridional de Agmat.

llegó repartió las tierras y casas entre sus compañeros y cercó la ciudad de altos y bien torreados muros, y en el monte que está sobre la ciudad y la señorea edificó una fortaleza con muy fuerte muro, y desde aquella alta cumbre dominaba no solo la ciudad y la sierra en que está, sino tambien los campos que tiene á la otra parte, de manera que no se sabe que haya ciudad mas fuerte que la de Tinmal: no puede entrar en ella hombre á pie ni á caballo sino por dos entradas una á oriente y otra á occidente que es como se va desde Marruecos, cada entrada es una angosta senda, de manera que es forzoso apearse para entrar por ella, y es menester ir con gran cuidado para no despeñarse: este camino tan estrecho está abierto á mano y picado en la dura peña tajada y de profundos despeñaderos por un lado, y por el otro altos y escarpados riscos: en partes la senda está cortada con las quiebras formadas de los arroyos y derrumbaderos de agua que bajan de las cumbres; pero estas quiebras y cortaduras de la peña tienen sus puentes de madera dispuestos para que en caso que sea necesario se levanten, y entonces aquel espantoso camino y estrechura queda inaccesible que no es posible pasar adelante, ni volver atrás. La longitud de cada una de estas entradas es camino de un dia, y la ciudad está puesta en lo mas áspero de los montes de Duren, sierras que desde el océano occidental de Africa corren hasta los montes de Telencen donde se juntan con otras cordilleras de montes, que se dividen en diversos gajos hasta Cabis y Hamano lejos de Trábolos, que es camino de dos meses. Habiendo Mehedi fortificado la ciudad de Tinmal enviaba gentes á correr la tierra, y descendian de sus montes como impetuosos torrentes de invierno y entraban en los campos y pueblos del rey Ali, haciendo en ellos muertes y continuos robos, rebatos y alboras.

das. Los pobres moradores de aquella tierra se quejaban al rey de sus daños y continuo desasosiego, y pedían á su rey que los librase de tan crueles enemigos. Había el rey consumido grandes tesoros en disponer ejércitos para contener á los rebeldes, y deseando atajar sus correrías y que no bajasen de la sierra, consultaba con sus caudillos como sería bien hacer la guerra á estos rebeldes y acorrarlos en su nido de Tinmal: fuéle dicho que en sus cárceles había un mancebo andaluz llamado Faleki, hombre arriscado y de grande ingenio que estaba preso por famoso ladrón y saltador de caminos, que este tal vez cumpliría los deseos de su magestad, ó haría algo de lo que pretendía. El rey le perdonó y le mandó que hiciese como se atajasen las correrías y daños de los de Tinmal. Y el Faleki mandó labrar una fortaleza en tal disposición que sin mucho riesgo estorbaba las correrías de los Almohades con un mediano presidio de gente de á caballo escogida, y buenos ballesteros, que los asaltaban en las angosturas de los montes y á la venida ú á la vuelta los acometían y desbarataban de manera que por este medio se aseguró la tierra llana de los robos y continuos sobresaltos que sus moradores padecían.

CAPITULO XXVIII.

Continúa la materia del capítulo precedente.

Tres años estuvo el Mehedi sin salir de Tinmal sino á cortas algaras contra los vasallos del rey Ali. Su or-

gullo y vanidad no le consentia estar tanto tiempo encerrado; sabiendo que su nombre era ya tan público y temido por todas partes por sus estrañas victorias y venturosos sucesos; sin haber tenido nunca contraste ni desman notable. Así que pensó que debia esforzarse y salir abiertamente contra el rey Ali; y cercarle en su misma corte de Marruecos. Para este fin escribió á las tribus de su obediencia; mandándoles que vienesen á unirse con él en Tinnal, y luego vino muchedumbre innumerable de diversas partes con gran apercebimiento de armas y caballos, de manera que en pocos dias tenia (1) cuarenta mil hombres la mayor parte de infanteria; y nombró por caudillo de estas tropas al jeke Abu Muhamad el Baxir; uno de los diez varones de su compañía; y le ordenó que fuese contra Marruecos con resuelta determinacion de apoderarse del imperio de Africa. No fue el Mehedi á esta jornada porque se sentia enfermo. Venian estas tropas hácia Marruecos; y se les juntaron en el camino los de Agmat y las tribus de Hesrøga y de Chesm y otras; lo cual sabido del rey Ali mandó alistar un numeroso ejército de cien mil hombres de á pie y de caballeria. Encontráronse los ejércitos cerca de Marruecos y los Almoravides acometieron á sus enemigos confiando en su gran muchedumbre; y quiso Dios que fuesen vencidos con cruel matanza y volvieron huyendo llevando sobre sus lomos las espadas de los Almohades que los alancearon hasta las puertas de la ciudad. Murieron muchos de los Almoravides asi en la batalla como en el alcance y en la entrada de la ciudad. Cercáronla los Almohades con propósito de no levantar el campo hasta entrar en ella ó morir en la demanda. Salian los Almoravides y les daban recios rebatos y trababan san-

(1) Dice Abdel Halim treinta mil.

grientas escaramuzas con odio y rabia implacable, y quedaba el campo cubierto de cadáveres para sabroso pasto de aves y fieras. Habia en la ciudad cuarenta mil caballos, y de infantería y ballestería muchedumbre sin cuento, y cada dia se iban disminuyendo y apocando. Habia entre los cercados un caballero andaluz llamado Abdala ben Humusquí que era capitán de cien hombres de Andalucía, y era de las compañías del caudillo Abu Ishak, y como estuviese un dia en palacio delante del rey con otros capitanes y caudillos hablando de las cosas de la guerra y de salidas contra los enemigos, dijo al rey: Señor, ninguna cosa nos hace mas despreciables á los ojos del enemigo que el estar nos encerrados detrás de los muros de la ciudad. Rióse el rey de su dicho, y le pareció que aquel mozo no conocia la necesidad de defenderse de aquella manera, habiendo sido ya vencidos tantas veces en campo, y el caudillo Abu Muhamad que tambien tuvo por leve su razon le dijo con sonrisa: piensa el capitán Abu Abdala que pelear con los Almohades es pelear con los Cristianos: y dijo el andaluz, ya conozco el modo de pelear los unos y los otros, y tambien he acaudillado yo á los Masamudes que ahora son nuestros contrarios, y en verdad que si seguimos haciendo como hasta ahora adelantaremos muy poco. Escójase los tiradores que muchos hay entre los nuestros de gran destreza, y no sean muchos que se estorban unos á otros, y estos vengan puestos entre gente escogida de á caballo, que si como os ruego me concedeis, yo saldré con trescientos Andaluces y número de buenos tiradores, y se verá la razon que tengo. Dióle el rey licencia y escogió trescientos caballeros, y como hubiese visto que los enemigos usaban de lanzas muy largas con las cuales herian de mas lejos, mandó á los suyos acortarlas, y que no tuviesen mas de á seis codos de largo cada

una. Así dispuesta su gente salió contra los enemigos antes del alba, ó no bien entrado el día acometiéndolos en su campo y peleó con ellos de manera que los arredró y acorraló en sus tiendas, y antes del medio día volvieron los suyos con trescientas cabezas de Almohades á la ciudad, hazaña que fue muy aplaudida y puso ánimo en los corazones de los cercados. Viendo el rey Ali y sus caudillos que sus enemigos no eran invencibles, mandó aperebir la gente para salir todos á dar batalla á los Almohades. Encargó la salida al jeke Abu Muhamad ben Bannadin, y al otro día de mañana salió con buen ejército y acometió á los enemigos: la pelea fue brava y cruel, y los Almoravides se hubieron de manera áquel día que rompieron y desbarataron á los Almohades, atropellaron sus pabellones y llenaron de confusion, desórden y espanto el campo enemigo, y quedaron muertos cuarenta mil Masamudes que apenas se salvaron cuatrocientos hombres de á pie y de á caballo. Aquel terrible día murió el caudillo de los Almohades el jeke Abu Muhamad Baxir que era de los Decemviros del Mehedi, y no hubiera quedado hombre á vida de su numerosa hueste sin el amparo del esforzado y sabio caudillo Abdelmumen que mostró en este día un valor heroico y la constancia mas admirable, y procuró retirar en orden las reliquias de su ejército. Siguiéron los Almoravides el alcance hasta Agmat: en la sangrienta retirada murieron otros cinco decemviros peleando como leones acosados de la tropa de ardientes cazadores. El Mehedi cuando recibió la nueva de esta espantosa derrota, como si no cuidara de lo que le decian les preguntó ¿pero no ha muerto Abdelmumen? y como le respondiesen que no, dijo: pues él vive, todavía permanece nuestro imperio. Sin embargo se notó en él gran pesadumbre viendo llegar rotas y destrozadas aquellas tropas tantas veces

vencedoras de sus enemigos; y esta pena acrecentó su enfermedad, y en mucho tiempo no salió de Tinmal su gente de guerra. Fue la derrota el año 1125 quinientos diez y nueve: en esta ocasion volvieron á la obediencia del rey las cabilas de Hinteta, Ganfisa, Hezama y otras que se habian rebelado.

CAPITULO XXIX.

Entrada de ben Radmir en Andalucía.
 Con estas guerras y levantamientos de Africa el rey Ali no habia podido atender á las cosas de España y en ella sus caudillos hacian la guerra en las fronteras con varia suerte, cuando venido el año quinientos diez y nueve llegó á Marruecos el cadilcoda de Andalucía Abul Belit ben Ruxd, persona de tanta autoridad que por honrarle como merecia salió el rey Ali á recibirle. Era la causa de su venida un negocio de suma importancia para el estado y defensa de Andalucía. Trató con el rey acerca de esto y le dió á entender como los Cristianos que moraban libres como vasallos entre los Muzlimes tenian inteligencias con los Cristianos enemigos, les comunicaban el estado de la tierra, la disposicion de las fortalezas, y ademas los solicitaban á entrar y hacer daño á los fieles, faltando á lo que debian como vasallos y quebrantando sus juramentos, y que no solamente trataban con ellos de secreto, sino que tambien en los lan-

ces de algaras y correrías les ayudaban y servían de guías y adalides. Cuando el rey Ali oyó esto fue muy maravillado, y considerada la gravedad del caso consultó con sus wazires, alimes y jeques, lo que convendría que se hiciese para atajar el trato de los Cristianos Muhahidines con los Cristianos enemigos, y evitar los males y daños que de ésto resultaban. La resolución que el rey Ali tomó por consejo de sus alimes fue que se escribiese á los walies de todas las ciudades y fortalezas de Andalucía, para que con secreto y diligencia sacasen á los Cristianos de las fronteras, y los metiesen en lo interior de Andalucía, y que los dispersasen entre los Muzlimes de ella, y los que estuviese probado que incitaban y llamaban á los Cristianos para que entrasen la tierra, ó se sospechase que habian ayudado en ocasiones á los de su ley, que á estos se les echase de toda Andalucía, y se les enviase á Africa, obligándoles á vender ó dejar sus posesiones y haciendas que tenían en Andalucía, para que así les fuese forzoso vivir y permanecer en Africa, ó en aquella parte que se les señalase: y luego fue esta orden cumplida, y pasaron muchos Cristianos Muhahidines á los confines de Mikenesa, Sale, y otras comarcas: y de estos muchos murieron con la mudanza del clima y aire de Africa. Fue la ocasion de esta novedad la entrada que hizo Aben Radmir de Aragona en tierra de Andalucía, que no pudiera haber hecho si los Muhahidines no le hubiesen ayudado y llamado en su favor, ofreciéndole que fácilmente se apoderaria de toda la tierra. Esto pasó de esta manera. Los Muhahidines de tierra de Granada enviaron sus cartas de secreto al rey Aben Radmir, rogándole que quisiese ir en su favor, y que le harian dueño de aquellas tierras ásperas, y de la costa de Granada. Pusieron en esto gran diligencia; pero el rey Aben Radmir, ó por no tener á punto sus

cósas, ó por dudar de la fé de aquellos traidores Mu-
 hahidines, no concedió por entonces aquella entrada.
 Como ellos viesan su desconfianza y falta de resolucion
 acrecentaron sus promesas, facilitaron medios, y con-
 certaron servirle públicamente con doce mil hombres
 escogidos y valientes, y que entendiese que estos eran
 todos conocidos y vecinos de pocas ciudades, pero
 que si se determinaba, que muchos millares de ellos
 esparcidos entre los pueblos de Andalucía alzarían ca-
 beza luego que se viesen auxiliados de un poderoso
 ejército: y todos juntos le ayudarian á enseñorearse de
 tan ricas y fértiles tierras, y le hicieron una larga y
 curiosa descripcion del pais, de sus montes, valles,
 rios y fuentes, de su abundancia de frutas y hortaliz-
 zas, herbosos pastos para ganados, y la copia de caza
 y aves que producía; sin omitir la hermosa situacion
 de la ciudad de Granada, la fortaleza de su alcazaba,
 y lo principal de todo, el ánimo y conformidad de los
 Muhahidines de ella para ayudarle á conquistarla, y
 desde ella hacerle dueño de otras muchas fortalezas,
 pues Granada era el alcázar y defensa de aquella tier-
 ra bienaventurada.

Tanto incitaron estas promesas y negociaciones el
 ánimo de Aben Radmir que determinó la entrada. Alle-
 gó sus gentes, y escogió cuatro mil caballeros que se
 juramentaron de seguir su pendon y nunca volver la
 espalda al enemigo, y de morir ó vencer. Salió Aben
 Radmir con su gente, y fue por Zaragoza ocultando en
 ella su resolucion á los Muzlimes, partió de ella en el
 fin de la luna de jaban del año quinientos
 1125 diez y nueve, y pasó por Valencia en donde
 era wali el jeque Abu Muhamad Yedar ben Birca, con
 una buena guarnicion de Almoravides, y Aben Rad-
 mir la combatió algunos dias, y sin hacer cosa de pro-
 vecho habiendo corrido la tierra levantó su campo, y

luego vinieron á juntársele muchos Muhahidines; cosa que le animó á pasar adelante, y estos traidores le servían de guías, ó adalides en los caminos, avisándole donde convenia entrar y hacer daño, y de donde era bien guardarse. Llegó por Gezira Jucar, y combatió la fortaleza algunos dias; pero no la pudo entrar, y perdió harta gente de sus cruzados. Llegó á Denia y la dió un fuerte combate en la pascua de Alfitra, salida de ramazan, y despues de algunos inútiles rebatos y escaramuzas con los de Denia, pasó por el Fax de Já-tiva, corrió hasta lo de Murcia, pasó por Wadilman-sora, y llegó á Burxana, y despues dió vuelta á pasar por Nahar Taxila, y en estas algaras se detuvo ocho dias. Partió desde allí á Medina Baza, y la cercó pare-ciéndole que sería fácil cosa el entrarla, porque estaba sin muros; pero sus vecinos la defendieron con tanto valor que le fue forzoso desistir de su empeño, des-pues de haber padecido harto daño en su gente. Llegó á Badiaza el primer giuma de la luna de dilcada, y dió fuertes combates á la fortaleza por la Almicabira; pero perdió el tiempo y alguna gente: así que, habiéndose ocupado allí hasta el lunes siguiente pasó á un pueblo llamado Sérída (1) al otro dia; y dispuso emboscadas para atraer á ellas á los vecinos; pero como estuviesen avisados fue inútil su diligencia que no sa-lieron del lugar, ni los Cristianos se atrevieron á en-trarle. El miércoles pasó á otro lugar llamado Gaya-na, que combatió con mucha esperanza de entrarle; porque allí fueron llegando muchos Muhahidines trai-dores, tanto que apenas quedó uno en toda la comar-ca que no se descubriese; y no viniese con sus armas y caballo á juntarse con el rey Aben Radmir; y como vió que su hueste se acrecentaba cada dia con nuevas

(1) Sinda.

tropas; se detuvo en Gayana como un mes; (así lo dice el autor de la Bargeliya (1)) y que entonces se vieron claramente las tramas y secretos tratos de los Cristianos Andaluces, en especial de los de tierra de Granada. El wali de aquella ciudad puso mucha diligencia en asegurarlos; pero como entendió que eran en gran número suspendió el encarcelarlos por no alborotarlos mas, y que procediesen con mayor osadía en dar favor y ayudar á los de su ley; y se contentó con sus falsas promesas de fidelidad; aunque no las creía, y atendió á fortificar la ciudad y disponer cuanto era conveniente para su defensa; pues bien veía que era necesario guardarse mas de los Muhahidines que de los Cristianos de Aben Radmir. Por todas partes acudian los traidores al ejército de los Cristianos.

Era wali de Andalucía entonces Abu Tahir Temim hermano del rey Ali, el cual tenia su corte en Granada; pero habia pasado poco antes á Africa para ayudar con su consejo á la guerra que traia su hermano contra el Mehedi, y como entendiese el peligroso estado de las cosas de Andalucía; pasó á ella con buen socorro de gente de caballería; así que, en esta ocasion tenia un poderoso ejército en Granada, y dispuso Temim que se acampase á los contornos de la ciudad, la cual quedaba en medio como el centro de un círculo. Pasó Aben Radmir con sus gentes que ya eran muchas desde Gayana; y asentó su campo en la aldea de Degma cerca de Granada. Tenia mas de cincuenta mil hombres, la mayor parte de caballería, de manera que este poderoso ejército llenó de espanto á los de la ciudad, que no se tenian por seguros aunque sabian las fuerzas y ejército que estaba en su defensa. En todas las mezquitas se hizo la (2) azala del temor, y la gente

(1) Claridad del relámpago.

(2) La azala de temor es en ocasiones de miedo, que cumplen

acudia mas á las armas que á la oracion. Tanto que la azala del miedo se hizo entonces en Granada, hasta el dia de Id-Annaheri, ó pascua de victimas, que llaman pascua de carneros. Luego movió su campo Aben Radmir, y se puso sobre el rio Ferdux, luego desde allí á la alqueria de Muzabeca, y desde allí fue á poner su campo á la alqueria de Nibel, y estando en este lugar vinieron grandes lluvias y nieves, que no pudo hacer cosa de provecho, y hubiera perecido con toda su gente si los Muhahidines no los hubieran acudido con las provisiones necesarias. Allí estuvo diez y siete dias incomodado de los campeadores Almoravides, que no cesaban de inquietar su campo con espolonadas y rebatos. Con esto perdió la esperanza de entrar en Granada, y vió que era temeraria resolucion, y mal fundada persuasion la de los Muhahidines, y se propuso satisfacer solo su codicia, y robar y hacer daño en la tierra que no podia conquistar. Levantó pues su campo, y fue á la alqueria de Mersana hácia Venix; de allí partió á Zequia en la tarde á Alcalá Yahsebi, de ésta pasó á la aldea de Luc, luego sin detenerse pasó por Vezjana, luego á lo de Vezira, y despues á Cabra y á Alixena, siempre seguido de los campeadores Almoravides que no los dejaba una hora de reposo, haciendo espolonadas y rebatos en su retaguardia, y en ocasiones trabando escaramuzas muy sangrientas en los valles, acometiendo á diversas partes de los costados de su gente, en términos que no podian perder su ordenanza, ni salir á correr la tierra, sino el mal y daño que hacian por donde pasaban que no era poco. Como llegasen de esta manera cerca de Lyrena, los Muzlimes

con abreviar las prostraciones y ceremonias, y se asiste menos á la mezquita, ó no se asiste á ella, y se asiste con armas y sangre, como se puede.

deseosos de pelear en batalla campal con los Cristianos, concertaron el acometer á la hora del alba á los Cristianos que iban en la delantera, y fue tanto su ímpetu que los arrollaron y desbarataron, abandonando sus bagajes y aparato de toda la hueste, cebaronse los Muzlimes en la presa y despojos creyendo que ya estaban vencidos y desbaratados todos los Cristianos; Aben Radmir avisado de los fugitivos de su vanguardia ordenó su gente, y acometió de improviso con cuatro batallas de caballería á los desordenados vencedores, y matando muchos de ellos los puso en fuga y los persiguió hasta la venida de la noche. Murieron muchos nobles Muzlimes en esta batalla, procurando esforzar á los suyos y reanimarlos y traerlos á la batalla, y hubiera sido mayor la matanza si la llegada de las almallas de Aben Radmir no hubiera sido ya á media tarde. Los Muzlimes perdieron sus bagages y aparato, y se recompensaron bien los Cristianos de la pérdida y desbalijamiento del suyo. Desde aqui siguió el rey Aben Radmir como hacía el mediterráneo, y siempre seguido de los Almoravides, que ya no se atrevian á cortarle el paso que fue abriendo y cortando toda aquella tierra. Al pasar el río de Motril por aquellas profundas angosturas y cenagosos vados, dijo Aben Radmir á los que les acompañaban de sus mas nobles caballeros en lengua Cristianesca: ¡oh qué gentil sepultura ésta si hubiese quien desde lo alto nos echase tierra encima! Desde aquí se inclinó la vuelta de Velad, y allí en la playa del mar hizo labrar una barquilla, de que se valió para pescar allí, como para cumplir un voto que tenia hecho de llegar con su gente de guerra á la costa de Granada atravesando la tierra, y comer allí de la pesca, que hiciese en la misma costa, ó tal vez para dejar esto que contar como si fuera acción muy gloriosa. Despues movió su campo y subió hácia Granada,

y asentó sus reales en la alquería de Dilar; desde ésta á la de Emidam, y en esta mansion hubo algunas escaramuzas entre los campeadores Almoravides y los de su campo. Luego pasados dos dias entró en la vega de Granada, y acampó en la fuente de la Teja, donde los Almoravides no daban una hora de reposo á los Cristianos; tanto que le fue necesario atrincherarse y fortificar su real para que no lo entrasen los campeadores, ó por el temor de estar tan cerca de la ciudad, donde sabia que no faltaba gente de guerra, para no padecer algun imprevisto desman. Desde aquí levantó su campo hácia las Alburagilat, pasó á Lagon, y despues por Guadiaxi, y aquí encontró parte de sus gentes que dejó en una fortaleza, y siguiendo á la parte oriental de España, pasó por donde habia venido por tierra de Murcia y Játiva; que hasta este lugar le siguieron los Almoravides sin perder de vista para evitar que los suyos hiciesen correrías y talas en la tierra, y evitando tambien con no menor cuidado el empeñar batalla con su gente. Dícese que antes de llegar á su tierra perdió mucha gente, porque de los trabajos y fatiga del largo camino enfermaron, y se levantó peste en los suyos, y viendo que la mortandad crecia se dió gran prisa á volver á su tierra. Y en verdad, dice el autor del relámpago, que podia vanagloriarse Aben Radmir de su atrevida empresa, si bien es cierto que en todo aquel trabajoso y temerario camino no hizo cosa de provecho, sino quemar algunas alquerias, y auyentar á los miserables moradores de ellas, pues no entró ni tomó pueblo cercado chico ni grande, de manera que parece que hizo aquella entrada solamente contra rústicos y pastores de alquerias, aldeas, casas de campo y cortijos. Dice tambien que estuvo el rey Aben Radmir en esta jornada quince meses, y que fue para los Muzlimes mas de provecho que de daño, pues manifestó cla-

ramente los enemigos que tenían en sus mismos pueblos, y les avisó para que se guardasen de traidores.

A causa de esto fue la ida del cadí Abul Belut ben Raxid á Africa, para consultar con el rey Ali como se atajasen estos males que amenazaban á los Muzlimes de España; asimismo hizo presente al rey que sería bueno quitar el reino al rey de Zaragoza, porque no habia defendido aquella ciudad, y en especial por estar confederado con los Cristianos, que enviaba sus dádivas al rey Aben Radmir, y que de esta amistad podia redundar mucho daño á los Muzlimes de España. No pareció mal este consejo al rey Ali, y dijo: que siendo como era confederado de los Cristianos debia perder el reino: así que, sin dilacion dió orden para que el caudillo Abu Bekir ben Tefelit entrase con un buen ejército, y ocupase los estados del rey Aben Hut de Zaragoza, á nombre del rey Ali ben Juzef.

P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

CAPITULO XXX.

Viene á España Taxfin hijo de Juzef. Sus victorias. Otras de los Almohades en Africa, y muerte natural de su gefe.

Como entendiase el rey Aben Hut le determinacion del rey Ali, y como estaba resuelta expedicion contra él, escribió al rey Ali una carta que decia en sustancia: bien sabes señor, que mi padre Almustain Bila escribió al rey de los Muzlimes tu padre Juzef Aben Taxfin rogándole que le consintiese en posesion de sus

estados, y quisiese tener paz y amistad con él para ayudarse reciprocamente contra sus comunes enemigos, y por sus avenencias quedaron confederados, y nuestros mayores lograron no tener guerra entre sí, y disfrutar de los bienes, y luz resplandeciente de la paz y del buen consejo que resplandece y alegra los corazones de los pueblos. Así hemos gozado de la paz y de la seguridad hasta ahora de parte tuya; pero desde que en estas tierras han acaecido no sé qué desgracias cuyo principio y ocasion ó le ignoro, ó ha consistido en que malos consejeros han estorvado tus buenas intenciones; desde este tiempo, señor, sopla en esta tierra un vientecillo, ó por decir mejor, un uracan y tempestuoso torbellino que nos atropella y derriba. No será justo, que nos prives de nuestras tierras y estados cuando siempre hemos guardado la amistad sin haber faltado á ella ni por pensamiento, y esto en medio del abandono aunque involuntario en que nos hallabamos, y sería cierto tenernos por gente vil y despreciable si dejásemos ocupar nuestras ciudades sin razon. No permita Dios, que vengamos á este rompimiento y á causarnos males y daños que celebrarán nuestros comunes enemigos, y pues hasta ahora hemos mantenido en público y en secreto la amistad de nuestros antepasados, no des lugar, por malas intenciones, ó ignorancia de consejeros, á que esta buena armonía se rompa; que Dios altísimo que penetra los secretos de los corazones sabe mi buena voluntad y pura intencion, nadie puede estorvar lo que Dios tiene determinado, pero llegará el dia en que aparecerá claro el causador injusto de los males y estragos de la guerra, y Dios es el juez y justo juzgador de los que hacen el mal, y de los que ocasionan las desavenencias y discordias entre nosotros: vuelvo á decir que Dios es el justo juez. Salud.

Cuando llegó á manos del rey Ali esta carta de Abu Meruan Aben Hud mudó de parecer y escribió á su caudillo Abu Bekir Aben Tefelit que no pasase contra las tierras del rey de Zaragoza! En este tiempo se ocupaba el rey Ali en fortificar la ciudad de Marruecos, y la cercó toda de fuertes y bien torreado muros, cuya

1126 fábrica se principió en la luna giumadi primera del año quinientos veinte, y se emplearon en ella setenta mil mitcales de oro, y se hizo de todo punto aquella hermosa y durable fábrica en ocho meses, de suerte que quedó acabada y perfecta y una de las mas hermosas del mundo: edificó asimismo la mezquita mayor con su excelsa torre y alminara.

En este año de quinientos veinte falleció en Andalucía Abu Tahir Temim hermano del rey Ali y su naib en España. Sintió mucho el rey la falta de su hermano, que fue siempre su consuelo en sus mayores cuidados, y en quien descansaba el peso del gobierno de todas las provincias de España. Murió en Granada y en ella fue enterrado con mucha honra, y envió el rey en su lugar á España á su hijo Taxfin que pasó á ella con cinco mil caballos almoravides, y congregadas las tropas de Andalucía pasó el amir Taxfin á tierra de Toledo y corrió sus campos, y entró por fuerza de armas la fortaleza de Hacena, y taló toda su comarca. Los Cristianos allegaron numerosas huestes en Galicia y Castilla, ayudando á sus reyes todos los nobles de los Cristianos, y concertaron de hacer entrada en tierra de Algarbe. Cuando tuvieron junta su gente que eran muchos millares, los caudillos cristianos quisieron entrar por la tierra de Mérida, y llevabanlo todo á sangre y fuego, quemando los pueblos, matando las gentes y robando los ganados. Acudió Taxfin con sus Almoravides para amparar la tierra, y llegando á comarcas de Badajoz se encontraron los dos ejércitos, no lejos del

célebre campo de Zalaca, donde su abuelo habia antes vencido á los Cristianos. Quando estuvieron unos á vista de otros ordenó Taxfin sus haces con mucha destreza, que aunque era muy mozo tenia en esto mucha inteligencia. Repartió su caballería y tiradores en batallas muy bien dispuestas y compartidas, y en la almalalla principal se puso él mismo con los jekes y caudillos principales. Llevaban muy hermosas banderas enastadas, las de los Almoravides blancas con *le ile Alá*, *le galidi le Alá*. Las dos alas de batalla la formaban los Andaluces, la derecha con banderas coloradas con varias figuras muy elegantes, y los Zenetes y Haximes y gente de los presidios en la izquierda con banderas de colores, y con mucho estruendo de trompetas y atambores se principiaron á mover los dos ejércitos, y con terrible impetu y gritería se trabaron en reñida y sangrienta batalla. Pelearon gran parte del dia con suerte igual; pero á la hora de adobar principiaron á ceder los Cristianos. Corria Taxfin á todas partes exhortando á los suyos, y peleando por su persona con admirable valor. Conocieron su ventaja los Muzlimes y proclamaron victoria, con lo cual decayeron de ánimo los Cristianos, y los Muzlimes con mayor esfuerzo cargaron sobre ellos hasta que los echaron del campo, que entonces volvieron la espalda y huyeron con mucho desorden, dejando aquel campo cubierto de cadáveres para pasto de aves y fieras. Siguieron los Muzlimes el alcance hasta la venida de la noche. Fue esta terrible batalla en Fohos Assebab, y volvió Taxfin muy contento á Córdoba y escribió á su padre este venturoso suceso, que fue en el año quinientos

1126

Poco tiempo despues volvieron los Cristianos á entrar la tierra con poderosa hueste hácia los montes del Caraz haciendo cruel estrago en pueblos y robos de ga-

nados, que las gentes huían atemorizadas á las fragosidades de las sierras. Cuando Taxfin tuvo noticia de esto, juntó sus caudillos y les preguntó qué ánimo tenían, si pensaban salir contra los enemigos y amparar la frontera? y le respondieron los jekes: Señor, ó el reino es nuestro, ó pensamos abandonarlo á los Cristianos: si es nuestro debemos tratar de defenderlo, y no cuidar de los peligros ni dificultades que para esto puedan ofrecerse, y si pensamos abandonarlo en verdad que Dios os pedirá cuenta. Asimismo consultó á los Andaluces porque la jornada era de mucho peligro, y le respondieron: de tanto mérito es esta guerra que quisiéramos que nos enviaras solos para que nadie tuviera parte en nuestra gloria. Quiso también saber la voluntad, ánimo y disposición de los Zenetes y Haximés, y estos le respondieron: Señor, á las armas: lo que te rogamos es que si por fortuna muriésemos en la batalla que cuides y mires como padre á nuestros hijos huérfanos. Viendo la buena disposición de su gente les dió á todos gracias, y aplaudió su buen celo y les aseguró que no esperaba menos que una victoria gloriosa para los Muzlimes. Salió con sus huestes, y conducidas de sus caudillos, y avisadas de los adalides y espías fueron á buscar á los enemigos. Trataban estos de fortificarse en Gebel el Cazar, y subiendo la caballería de los Muzlimes con mucho trabajo á lo alto trabaron sangrienta batalla con los Cristianos, que no pudieron mantenerse mucho tiempo en sus ordenanzas, y principiaron á huir por aquellas ásperas cuestas, y cayendo precipitados por las peñas, los Muzlimes siguieron el alcance; pero la fragosidad de la tierra estorbó el hacer en ellos mayor matanza. Abandonaron los Cristianos sus bagajes, tiendas, presas de ganados y cautivos y se rompieron las cadenas de millares de Muzlimes que estaban ensartados de cincuenta en cincuen-

ta. De resultas de esta insigne victoria recobró Taxfin treinta castillos, de los buenos de España y escribió á su padre esta venturosa expedicion.

En Africa, pasados tres años en quietud porque el Mehedi no se sintió con fuerzas para salir de Tinmal y de lo alto de sus sierras, volvió á encenderse la guerra con nuevo furor. Nombró el Mehedi á Abdelmumen iman de Azala, y le envió con treinta mil hombres á correr la tierra de Marruecos, volvieron á su obediencia las cabilas de Hinteta, Ganfisa, Hezama y otras berberfes, y acrecentada su hueste entró en cercanias de Agmat: salióle allí al encuentro el amir Abu Bekir hijo del rey Ali con numerosas tropas de las tribus Lamtuna, Zanhaga, Haxima y otras Almoravides, y hubo entre ellos grandes batallas y sangrientas escaramuzas por ocho dias, y al fin ayudó Dios á los Almohades, y Abdelmumen rompió y deshizo á los Almoravides, y siguieron su alcance despedazándolos por aquellos campos, hasta encerrar en Marruecos las reliquias del vencido ejército. Tres dias estuvo Abdelmumen sobre Marruecos, que despues levantó su campo y se volvió á Tinmal: fue esta venturosa jornada de Abdelmumen

1130 en la luna de regeb del año quinientos veinte y cuatro. Cuando los vencedores almohades tornaban á Tinmal salió á recibirlos el Mehedi informándose de sus hazañas y conquistas, y despues de haber alabado mucho su valor y constancia les dijo, que se juntasen todos los del pueblo en la mezquita, y plaza pública, que tenia que despedirse de ellos. Todos fueron muy maravillados de esta resolución porque no podian persuadirse que pensase dejarlos: otros tomaron gran cuidado, viendo como habia crecido su enfermedad, y recelaban que la despedida fuese para el otro mundo. Congregado todo el pueblo vino el Mehedi y les predicó exhortándolos á que creyesen en un solo

Dios, que esta es obligacion de toda criatura desde que tiene uso de razon, que le amasen de toda buena voluntad y con todo su corazon, que pidiesen al Señor todos los dias que les ayudase á guardar su fé por su misericordia, y dijesen: O señor Alá, el mas misericordioso de los misericordiosos, tú sabes nuestros pecados, perdónalos; tú sabes nuestras necesidades, cúmplelas; tú conoces nuestros enemigos, aparta de nosotros el mal que pueden hacernos, y basta contigo pues eres señor nuestro, basta contigo pues eres nuestro amparo y nuestro criador. Y despues de otras amonestaciones y buenos consejos les dijo como se despidia de ellos para la eternidad, que él debia morir muy presto. Todos lloraron al oir estas palabras con amargas lágrimas, y él los consoló y dijo que se conformasen con la voluntad de Dios, que todo lo dispone para mayor bien de sus criaturas, y con esto los despidió muy tristes. Luego se fue agravando su enfermedad hasta que pasó á la misericordia de Dios dia (1) juéves 1150 veinte y cinco de ramazan del año quinientos y dos veinte y cuatro. Dicese que le avisó su muerte un personage desconocido veinte y ocho dias antes, y durante su enfermedad hacia Abdelmumen oracion pública por él. Cuando conoció que su muerte se acercaba llamó á su vizir Abdelmumen y le hizo diferentes encargos, le dió el libro Algefer que él habia recibido del iman Abu Hamid Algazali. Asimismo le encomendó lo tocante á su funeral y á su mortaja, y le previno que le lavase por sus manos, y que no le pudiese vestidos en la sepultura, y que hiciese por él la azala. Encargóle tambien que ocultase su fallecimiento algunos dias hasta que hablase al pueblo de parte suya, y todo se hizo y cumplió como habia mandado.

(1) Dice Yahyé lúnes catorce.

Lloráronle todos, y mucho mas que todos Abdelmumen; pues habia vivido tanto tiempo en su compañía, desde que muy mancebillo todavía andaba á la escuela en Tahara, aldea de Hanciz, adonde le enviaba su padre Ali ben Zali ben Meruan á la mezquita á aprender á leer; y quando despues volvió de oriente el Mehedi, y le encontró con su tio, por ciertas señales que notó en él de talento y buena disposicion le tomó por su vizir; y fue siempre la persona de su confianza: así que, dió mayores muestras de su profundo sentimiento: fue la hora del alba quando espiró. Su forma era de mediana estatura, caritostado, color aceitunado, barbilampiño, cabello negro, ojos hermosos, austero y cruel, derramador de sangre humana; así de los enemigos como de sus propios vasallos: usaba el enterrar vivos á los que queria matar con crueldad: en las batallas animaba su gente para pelear diciéndoles: oh Almohades, vosotros sois el ejército de Dios y los defensores de su ley y de su verdad; y si quedais muertos en el campo de batalla conseguiréis premios deliciosos; tales que ni vieron ojos, ni oyeron oídos; ni cabe en corazon humano. Propuso á los suyos una sencilla exposicion de fé; y muy fácil práctica de azala sin arrakeas ó postraciones, de manera que podian hacerla caminando y peleando para no perder tiempo.

CAPITULO XXXI.
 Origen de el Mehedi. Eleccion de Abdelmumen.
 Abu Ali ben Raxid cuenta su descendencia desde
 Abu Talib tio del profeta. Tambien la trae Aben Cat-
 ham, y despues la abrevió Abu Meruan hijo del autor
 del Salat, y dice que su nombre propio fue Muhamad,
 que de sobre nombre se llamó Abu Abdala, que á su
 padre llamaban los Berberies Thumur y tambien Eni-
 gar, y por mote le decian Asifu, que en lengua ber-
 beri quiere decir luz, porque acostumbraba su padre
 dar luz ó encenderla en la mezquita: que el Mehedi no
 tomó este nombre hasta que principió á levantar los
 pueblos con su predicacion y nuevas doctrinas, y quan-
 do ya le seguia mucha gente, y le obedecia como á
 señor. Aben Cutham tratando del origen y cosas de
 Mehedi dice: que salió de Herga, pueblo de donde era
 natural, que está en Suz Alaksa, y pasó á Andalucía
 en el año quinientos para estudiar ciencias
 en Córdoba, que despues se embarcó en
 Almeria en una nave que pasaba á oriente, que allí oyó
 al imam Abu Abdala el Hadrami, que en el Cairo oyó
 al imam Abul walid de Tortosa, y en Bagdad oyó al
 gran filósofo Abu Hamid Algezali, autor del libro Hiaa
 Ulumi-Edinni, en que enseñó cosas contrarias á las opi-
 niones ortodoxas, libro que condenó la academia de

Córdoba despues de bien examinadas sus doctrinas, y el que primero las reprobó y llamó heréticas fue el cadi de la aljamá de Córdoba Aben Hamdin, y fue tanto su celo, que logró con su autoridad que se declarase por herege al mismo Algazali: y se dió cuenta al rey Ali, que aprobó y autorizó esta condenación de las obras del filósofo de oriente, y mandó recoger todos los libros que se pudieron hallar en España y en África de este sabio, y se quemaron públicamente, y eso mismo mandó hacer en todos sus reinos con rigurosas penas á los que los guardasen y enseñasen sus doctrinas, para que no quedase memoria de aquellos errores. El autor del Salat cuenta que era opinion de algunos, que la ruina de los Muzlimes de occidente procedió de esta condenacion de las obras de Algazali, y refiere que llegó á Bagdad en donde enseñaba Algazali un hombre que entró en su escuela sin barba, y con un bonete de paño en la cabeza, que luego le miró Algazali fijando en él sus ojos, y conociendo que era forastero le saludó, y preguntó ¿de que pais era? y le respondió: de Suz Alaksa en tierras de occidente. Y entonces le preguntó: que si no habia pasado por Córdoba la escuela mas célebre de todo el mundo? y el forastero le respondió que sí. Le preguntó Algazali de algunos doctos famosos de ella, y á vuelta de estas preguntas le dijo: ¿si tenia noticia de su libro *de la resurreccion de las ciencias y de la ley*? Y respondió que sí: y entonces le pregunto ¿qué se decia de aquella obra en Córdoba y demas tierras de poniente? á lo cual el forastero no se atrevió á responder, y su vergüenza y encogimiento excitaron mas la curiosidad de Algazali, y le instó que le dijese con franqueza lo que se decia, y cuanto pasaba acerca de su libro. El forastero le refirió como su libro se habia declarado herético, y se habia quemado públicamente despues de grande exá-

men y consulta de doctos; por orden del rey Ali ben Juzef, así en Córdoba como en Marruecos; y en Fez y en Cairvan; y otras diversas academias de occidente. Al oír esto Algazali se le mudó el color; y tendiendo sus manos al cielo; con temblantes labios hizo oracion á Dios contra los consultores y contra el rey que habia mandado quemar sus libros; y que respondieron todos sus discipulos; amen: y cuenta que la oracion que hizo contra el rey; que decia: ¡oh Dios mio, despedaza y destruye sus reinos como él ha despedazado mis libros; y quítale el señorío de ellos! Y que á estas palabras respondió Abu Abdala el Mehedi, que estaba presente entre sus discipulos: ruega á Dios, oh imam, que por mis manos se cumpla tu peticion: y dijo Algazali; así sea Señor Alá por manos de éste. Que poco despues partió Mehedi de Bagdad para venirse á su patria; y traía muy en memoria la oracion de Algazali y confiando mucho que por su medio se habia de destruir el imperio de los Almoravides en Africa. Que luego que llegó á Mahedia principió á predicar y enseñar sus nuevas opiniones; y á inquietar los pueblos de aquella tierra; por lo cual quiso castigarle Acis ben Nacir; pero no pudo haberle á las manos; pues avisado de que intentaban prenderle huyó á la ciudad de Bugia; donde tambien predicó y causó mucho escándalo: quiso prenderle Aben Hamid wali de aquella ciudad; y castigarle por alborotador del pueblo; y entonces el Mehedi se ocultó y estuvo harto tiempo escondido; hasta que pudo huir; y pasó á Melala; y en ella en una aldea encontró á su discipulo y sucesor Abdelmumen. Toda su gente la tenia dividida en diez clases: la primera y mas principal era la compañía de los diez varones: la segunda el consejo de los cincuenta varones; la tercera el consejo del comun de los setenta: la cuarta era el grado de los alimes y gente docta: la quin-

ta era de Hafizes, ó tradicioneros: la sexta era una gerarquía de nobles de su familia; y la sétima naturales de Herga su patria: la octava la gente de Tinmal; la noyena la de Chirniba: la décima la gente de guerra de las cabilas Ganfisa, Hintiba y otras así de caballería como ballesteros y peones, que cada clase tenia su lugar apartado en las juntas de paz y de guerra, en las marchas y acampamentos, sin que se perturbára este orden y concierto durante la vida y gobierno del Mehedi, que fue desde que le juraron obediencia los Almorhades hasta el dia de su muerte ocho años y ocho meses y trece dias; segun Yahye. Se le atribuyen ciertos libros, y unos versos en alabanza de su vizir y sucesor Abdelmumen.

Los compañeros del Mehedi que eran cuatro los que de los diez quedaban, pues los otros seis habian muerto en batalla contra los Almoravides; convinieron despues de su muerte en confiar el mando de todos ellos á uno solo; para que mas fácilmente los gobernase y mantuviese en el estado que con tantas fatigas y sangre habian establecido; á pesar de la potencia del rey de Marruecos: así que, hubieron sus consejos con los caballeros de las dos principales de los cincuenta y de los setenta; y todos por comun consentimiento eligieron por su rey y señor al vizir Abdelmumen ben Ali; uno de los cuatro de la compañía del Mehedi; y la causa de que en esto no hubiese desavenencia ni discordia consistia así en las excelentes virtudes de Abdelmumen; como tambien por la memoria del Mehedi, que como ellos muchas veces habian visto honraba y distinguía sobre todos á este Abdelmumen, y engrandecia sus hazañas; y en presencia de todos habia manifestado las grandes esperanzas que en él fundaba, asegurando que mientras viviese Abdelmumen nada temia de la suerte de su imperio. Todos pues como por di-

vina inspiracion le acogieron por su caudillo y absoluto señor, y le llamaron allí con los augustos títulos de califa amir Amuminin, ó príncipe de los creyentes: y luego le juraron obediencia los tres compañeros, y despues los cincuenta y los setenta y todos los Almohades.

El abreviador de las historias de Africa cuenta esta eleccion con harta diferencia; y por ser de tanta autoridad entre los Arabes no quiero omitir su relacion, aunque no la estimo tan cierta como la de Yahye. Dice pues: en Africa despues de la muerte de Mehedi, que estuvo oculta mucho tiempo conforme ordenó el mismo Mehedi, ó por industria de su vizir Abdelmumen, que este propuso á los del consejo de los diez que le proclamasen por sucesor, que así lo mandaba Mehedi, y que los del consejo vinieron en ello, aunque otros autores dicen que no se conformaron, que cada uno pretendia que le declarasen sucesor del Mehedi, y que hubo entre ellos mucha desavenencia; y se dividieron las tribus en bandos, hasta que recelando con razon que estas discordias fuesen causa de la ruina del estado se convinieron en la eleccion de Abdelmumen. El autor del libro de los principes cuenta que esto pasó de esta manera: La muerte del Mehedi estuvo oculta tres años, pues sobrevivió muy poco á la gran derrota y vencimimiento que padecieron los Almohades, que su mal se agravó con aquélla pesadumbre, y creció su dolencia y murió: que esto lo sabia solamente Abdelmumén que gobernaba como en su nombre, y como si todavía fuese vivo el Mehedi: que en este tiempo enseñó un leoncillo que criaba á que le alagase mucho; y tomó un pájaro y le enseñó á decir en arabigo y en berberí estas palabras: « Abdelmumen es la defensa y apoyo del estado; » y como ya tuviese perfecta su enseñanza así en el habla del pájaro como en los

halagos del leon; hizo en una casa fuera de Tinnal una gran sala; y en ella puso una columna, y encima de ella colocó la jaula del pájaro; y á esta sala congregó las juntas de los varones, principales jeques Almohades, y en medio de la sala en lugar acomodado encerró el leon. Cuando la gente y ayuntamiento estuvo congregado en la sala; subió Abdelmumen al mimbar que estaba en la sala para las arengas, y al mismo tiempo servia de jaula secreta al leon. Habló Abdelmumen; dió gracias á Dios, bendijo al profeta, y la buena memoria del Mehedi, y imploró la divina misericordia sobre él y sobre ellos; y les anunció su muerte, y los consoló de tan grave pérdida, y fue muy grande el llanto que todos hicieron; y les dijo: ya el imam está en mas venturoso estado, y solo desea que no haya entre vosotros discordia ni desavenencia; que no cedamos á nuestras pasiones ni particulares intereses, que seamos verdaderos Almohades; que convengamos en la eleccion de un califa amir que nos defienda y gobierne para que nuestros enemigos no puedan destruir nuestro imperio. Calló en esto, y mientras estaban todos en silencio y los jeques perplejos y suspensos; el pájaro dijo en claras y distintas palabras: auxilio, victoria y poder á nuestro señor el califa Abdelmumen príncipe de los fieles; apoyo y defensa del imperio. Al mismo tiempo alzó Abdelmumen la puerta disimulada de la jaula del leon; que luego salió en medio de la sala; del cual todos quedaron muy espantados viendo que mostraba sus dientes, y se azotaba con su cola, y que sus ojos centelleaban como fuego; querian huir y atemorizados no podian moverse. Entonces Abdelmumen se presentó con mucha serenidad al leon, el cual conforme á su enseñanza se fue llegando á él humildoso y coleando hasta halagarle y lamerle sus manos mansa y apaciblemente. Los Almohades que esto

vieron á una voz le proclamaron su amir y absoluto señor; diciendo que no se podia ni debia esperar mas clara muestra de la voluntad de Dios y de su imam el Mehedi; y le juraron obediencia y fidelidad en el mismo dia; y aquel leon seguia á Abdelmumen á todas partes; y hasta en la azala le acompañaba; y fue instrumento de la exaltacion de un principe que ensalzó despues el islam. Este suceso dió ocasion á excelentes versos de Abi Ali Anas; que decia:

Fiero leon con erizado cerró
 Fue tu auxiliar para subir al trono:
 Las avecillas con humanas voces
 Pregonan tu virtud, y amir te llaman:
 Bien mereciste Bimrala llamarte (1).

Fue su jura particular en los consejos el jueves trece de ramazan del año quinientos veinte y cuatro; y la solemne y pública dos años despues en el dia giuma veinte de rabii primera del año quinientos veinte y seis, y le juraron primero los cincuenta jeques Almohades, y despues todo el pueblo en la aljama de Tinmal; se celebró la fiesta con venturoso agüero; y en aquel dia se obscureció la estrella de la felicidad de los Almoravides y los abandonó su fortuna: pues este ínclito principe consiguió de ellos insignes victorias, y se apoderó de sus estados con mucha gloria conquistando toda la tierra de Almagreb y Vellad Africa hasta Barca, y toda la tierra de España, y sus dependencias, y en todos estos climas fue proclamado sobre sus almimbares.

(1) Amir Bimrala, rey por mandado de Dios, ó por la gracia de Dios.

Y diestro y animoso en los combates ,
 Que al enemigo acometer intente
 Con viva fuerza ú cautelosa maña
 Al asomar de la rosada aurora ,
 O en la tiniebla de la obscura noche ,
 Sin que pavor ni timidez invada
 Su corazon , cuando á los mas valientes
 De sobresalto y de temor palpita?
 Los caballeros en la lid sangrienta
 Su valor muestran y ánimo constante ,
 Y heridos y de sangre y polvo llenos ,
 El pundonor los vuelve á la batalla ,
 Y la siguen en noche triste obscura ,
 Obscura no , que el fuego de las armas
 Y el resplandor de los ilustres hechos
 Tornó la noche como clara aurora ,
 Y ellos con clara luz resplandecian :
 Fuego de santo celo los guiaba
 A pelear con las infieles hazes
 En batalla campal y descubierta ,
 O en cauteloso ardid y en emboscadas.
 Solos cuarenta las espaldas vuelven ,
 Y en torpe fuga buscan salvamento ,
 Por eso de la muerte atropellados
 Fueron dos mil , y mas de mil cayeran
 Sin el amparo de otros campeones ,
 Que como montes al encuentro salen ,
 Y el impetu rechazan del corriente
 Arrebatado del bridon contrario.
 Trábase nueva lid , espesos golpes
 Se multiplican , recio martilleo
 Estreméce la tierra , y con las lanzas
 Cortas se embisten , las espadas hieren ,
 Y hacen saltar las acéradas piezas
 De los armados , y al sangriento lago
 Entran como si fuesen los guerreros
 Camellos que la sed ardiente agita ,
 Cual si esperasen abrevarse en sangre
 Que á borbollones las heridas brotan
 Fuentes abiertas con las crudas lanzas .
 Las gotas de la fresca húmida noche
 Que los floridos prados rociaba
 Causan dolor á las sangrientas bocas ,



JUNTA DE ANDALUCÍA

En ella hambrientos y feroces lobos
 Con los valientes osos combatian.
 Por afirmar sus pies en la pelea
 En la vertida sangre resbalaban.
 Entre los altos pabellones vienen
 Y las tiendas traspasan arrojando
 Agudas lanzas que las armas rompen,
 Y con ellas tambien los fuertes pechos.
 De sangre y confusion llenan el campo,
 Estratagema usada de batalla
 Que en las batallas el engaño es bueno.
 Ni te parezca, oh rey, que no es loable
 El engañar con arte al enemigo,
 Ni cosa desusada entre la gente.
 En todas las batallas hay engaños;
 Cada dia se ven sucesos nuevos
 En las crudas batallas por destreza
 De animosos caudillos avezados
 A los sangrientos juegos de la muerte.
 Capitanes cual tú los inventaron,
 Oh el mas valiente en todos los valientes
 Cuántos aquella noche te seguian!
 Hoy eres ya mas sábio y esforzado
 Que fuiste ayer, y crece cada dia
 En tí el valor, el ánimo y destreza.
 Oye, mi rey, de la experiencia y uso
 La utilidad: en los primeros años
 El que ha de caudillar cuando mancebo
 En huestes se acostumbre y ejercite
 A mirar los encuentros sin espanto
 Las contrapuestas haces y el combate,
 Que oiga sin turbacion ni cobardia
 Aquel clamor confuso y alarido
 De los varones que el furor de guerra
 A brava lid incita y arrebatá
 Que no le dé pavor el duro estruendo
 De las crugientes y vibradas armas.
 Ni aquel ruido é impetu brioso
 De feroces caballos que revuelvan
 A todas partes bravos campeones,
 Que la pelea cruda ardiente incitan
 De polvo y sangre y de sudor cubiertos.
 Lo que decirte quiero, rey, ahora

Consejos son de guerra ; estratagemas
 Que usaron otros grandes capitanes
 Y reyes á las armas inclinados,
 De ánimo como tú noble y guerrero,
 No porque yo me precie de caudillo
 Y práctico en batallas los recibas ;
 Sino porque varones muy famosos
 Y diestros en la guerra los usaron ;
 Y en ocasiones grandes venturosas
 A nuestros fieles fueron de provecho.
 Por eso , rey , te doy estos avisos ,
 Tú benigno mi dádiva recibe.
 Procura siempre ventajoso campo ;
 En sitio , espacio , entradas y salidas ,
 Y si temieres el rebato y fuerza
 De los contrarios , cerca de honda fosa
 Tú campo todo : si en campaña rasa
 Siguiendo vas al enemigo , ú viene
 En tu seguida , los vecinos campos
 Con veloces algaras tala y roba,
 Y destruye sus pueblos y alquerías.
 Finge asonadas falsas y rebatos
 Con buen ardid , de noche muchos fuegos.
 Encenderás , y espesas ahumadas
 De día en atalayas y altas cumbres ,
 Que el engañar en esto no es dañoso ,
 Y es util dar temor al enemigo,
 Y á sus gentes continuo sobresalto.
 Así pierde osadia , y no prosigue
 Y menos adelanta sus algaras.
 Nunca en tus haces desmandada gente
 Quieras llevar , ni traigas á pelea
 Sino la gente buena , fiel y honrada
 Que espera del valor galardón justo ;
 De mano de su rey , y en la otra vida
 Del paraíso la delicia eterna.
 Antes que al enemigo des batalla ,
 En campo llano dispondrás tu gente
 Escogiendo el mas ancho y escampado ,
 O con propio lugar para emboscadas.
 Nunca tu gente en estrechura pongas
 Ni donde falte campo á tus caballos ,
 O estorben y atropellen tus peones.

En todos cuatro lados fortifica
 Tu hueste, sin dejar la retaguardia;
 En medio es lugar propio del caudillo
 Que da vigor y movimiento al cuerpo
 Como hace el corazón al cuerpo humano,
 Los capitanes á la frente envía
 Que son los ojos guías de la hueste,
 Y con ellos la gente denodada
 Y mas valiente y práctica en la guerra
 Insignias de tu estado conocidas
 No conviene vestir en la batalla,
 Pues basta que los tuyos te conozcan
 Y los que han de llevar tus mandamientos.
 Oculta tu poder al enemigo
 Cuando es mayor, y con ficción le engaña,
 Y recela emboscadas enemigas
 Que el infiel usa mucho de este engaño.
 Al principiár de la cruel pelea
 A espaldas de tu campo nunca tengas
 Raudo río ú pantano cenagoso,
 Lugares fuertes haya sin peligro.
 Y al retirarte cuida de la zaga,
 La retaguardia cubra diligente,
 La retirada en orden y concierto,
 Y en retirada vence al enemigo,
 Que así lo hicieron nobles capitanes.
 Cuando de tu poder desconfiando
 Recelares del fin de la batalla,
 Procúrala escusar con arte,
 Muestras temór, y dala por la tarde,
 Y en el trance no muestres cobardia,
 Que si los tuyos tu flaqueza vieren,
 Desmayarán y cederán el campo.
 Cuando en estrechas y apiñadas haces
 Mirares tú la selva de enemigos,
 Ensancharás tu gente concertada,
 Y en buen orden las últimas hileras,
 Esten así mientras el duro trance
 Con furia igual mil muertes repartiendo,
 Fieros golpes, heridas, sangre y polvo
 Que se enciende cual fuego, y nubes de humo
 Espadas que deslumbran como rayos
 Y las herradas puntas de las lanzas,

Cuando se despedazan como lobos
 Y fieros osos con rabiosa saña,
 Y tú con diligencia á todas partes
 Proveheras lo que mejor conviene
 Como caudillo diestro y animoso
 Para llegar á la elevada cumbre
 De la victoria ; fin de tu deseo
 Si algun siervo te falta mal su grado
 En la batalla á lo que tú quisieras
 No le trates con saña ; ni le mires
 Con torva faz que el corazon lastima
 De los valientes el mirar airado
 De su caudillo, y si de aquél no esperas
 Servicio grande ni admirable hazaña
 Confía de los otros generosos
 Y tu airado semblante y torvo ceño
 Del ánimo turbado claro indicio
 No les muestres jamás, que los prudentes
 Con palabras agudas y cortantes
 Como espadas que hieren y lastiman
 Dirán despues : su turbacion notamos ;
 ¿ Cuándo tuvistes tú pavor ni miedo ?
 ¿ Cuándo al pavor tu corazon dió entrada,
 O de Sanhaga estirpe generoso
 ¿ Y cuando estás en salvo y sin peligro
 Muestras temor ; decid ; no sois vosotros
 Los leones que á todas partes giran,
 Que acechan vigilantes emboscados
 En el verde cañal de espesa selva ?
 ¿ Qué pudo ser lo que adeshora vino
 A vuestro rey ; y con descuido tanto
 Faltasteis de su lado en la defensa
 El caudillo prudente y valeroso
 Que lo vé todo, y todo lo previene
 Nunca ocasion tendrá de torpe miedo,
 Ni vergonzosa fuga : adverso lance
 Alguna vez como ésta sobrevino,
 Que no siempre el mortal es venturoso,
 Que la fortuna estable y permanente
 Solo á Juzef tu abuelo fue debida,
 Que la victoria siempre fue colgada
 De sus banderas en famosas lides,
 Fortuna que tambien Alá concede